

Introducción¹

Silvia Valero

Universidad de Montreal

Mucho se ha escrito acerca de la creación externa del Caribe a partir de los imaginarios metropolitanos, europeos primero, estadounidense después. Se ha demostrado con creces de qué maneras se fue imaginando discursivamente a la región como un “otro” deseado o amenazante, según las necesidades, los prejuicios o las atracciones de quien define y clasifica. Desde el interior mismo de la región, las respuestas han sido -y son- tan diversas como las propuestas. Hace ya más de 20 años, Antonio Benítez Rojo presentaba el ensayo más leído, citado y comentado sobre el Caribe en general y el hispánico en particular. Introducía *La isla que se repite* (1989) condenando la recurrente presencia de las potencias imperiales y su intento de denominar para dominar. En el mismo sentido, Edgardo Rodríguez Juliá marcaba la diferencia sustancial entre “antillanía”, como designación de la experiencia histórica y cultural compartida por las Antillas Menores y Mayores y “caribeñidad”, como una creación de las ciencias “de origen anglófono”, -la Antropología o la Etnología-, que se encargan de definir al Otro con una pretendida objetividad que nunca marcha a favor del colonizado, decía el escritor. Poco después, otro puertorriqueño, Antonio Gaztambide Géigel, explicaba la invención del Caribe en el siglo XX como nombre delimitante de una región geográfica en el momento de la transición de la hegemonía europea a la estadounidense, pero también demostraba la imposibilidad de una definición unívoca. Poniendo en circulación la recurrente problemática de la autopercepción, algunos intelectuales como Sylvia Wynter o Stuart Hall daban -dan- cuenta del efecto de la educación imperial en el Caribe inglés, que produjo una subordinada ceguera de su propia identidad como caribeños y, más aún, como afrocaribeños, hasta que, al entrar en el circuito intelectual londinense, comenzó a emerger el sentido de “West Indianness”². Por otra parte, Edouard Glissant desarrollaba sus reflexiones en torno a la conexión entre el poder y la ideología cultural de la raíz.

En lo que todos coinciden es en que no es posible hablar de un solo Caribe. Cada país de la región ha negociado de modo diferente su estado económico, político y cultural y esa diferencia ha quedado inscripta en las identidades culturales, como señalan Hall y E.K. Brathwite. Pero esto no implica una fijeza sino que, por el contrario, los límites de la diferencia se van reposicionando de acuerdo con distintos puntos de referencia, al mismo tiempo que se van reproduciendo actos de cimarronaje contra el legado colonial de la fragmentación cultural. Resistencias a las que Brathwite denominaba “guerrillas of our history” para describir a

¹ Tomé prestado el término “ruinas” para el título de este volumen del artículo de Luis Duno-Gottberg para significar, como lo hace el autor, la presencia rediviva de las marcas coloniales.

² Si bien West Indies es el nombre que le da Gran Bretaña a sus colonias en la región como producto de su traducción del español, en este caso al término se reformula al connotar un despertar del sentido de pertenencia geocultural con respecto al Caribe.

aquellos que, conscientes de la existencia de alternativas, fueron persistentes en su defensa.

Con una mirada crítica, George Lamming lamentaba la falta de un estudio de “lo caribeño”, -con todas las diferencias internas que este concepto identitario, así enunciado, conlleva-, en cuanto, en general, la crítica o las investigaciones que lo abordan lo hacen desde las producciones culturales de cada país y siempre en consonancia con la cultura del imperio: “Es raro encontrar a un historiador o a un hombre de ciencias sociales caribeño que tome a toda la región como campo de investigación y que se dedique al estudio comparativo de las particularidades de cada una de sus islas” (24) decía el escritor barbadense. En el campo de las letras, el dominicano Silvio Torres-Saillant ha desarrollado su obra ensayística avanzando sobre un estudio comparativo que busca demostrar la existencia de una poética antillana y, por lo tanto, la unidad literaria de la región. Sin embargo, con *Caribbean Poetics. Toward an Aesthetic of West Indian Literature* (1997), Torres-Saillant introduce otro punto de debate que, desde la perspectiva de muchos investigadores, no sería ya un problema en cuestión: para el crítico dominicano, la literatura del Caribe hispano-hablante incluye sólo las producciones de las islas porque “[...] these three nations, in addition to their common insular condition, share unique historical circumstances that separate them even from those parts of the Latin American mainland nearest to them” (48). Los artículos de Luis Duno-Gottberg y Margaret Shrimpton contenidos en este número dialogan con esta afirmación.

La literatura, como espacio privilegiado de intersección de los discursos sociales, y, como tal, cuerpo receptor de las tensiones propias de una región atravesada por un pasado y un presente con fuerte presencia (neo)colonial, refracta estos poderosos conflictos al mismo tiempo que pone en marcha la maquinaria que busca frenar las expresiones redivivas del Caribe como espacio-tiempo colonial, no sólo con referencia al exterior de la región sino también en su propio interior, entre las islas y dentro de las mismas naciones. A veces la antillanidad se asume con reparos, como amenaza a las identidades que se han instituido legítimas a partir de genealogías fundamentalmente metropolitanas. Así, por ejemplo, las producciones culturales populares se degradan o se asimilan y “el miedo al negro” se perpetúa. Un miedo que ha sido reformulado según diferentes coordenadas socio-históricas y espacio-temporales a través de representaciones textuales, -entendiendo texto en un sentido amplio: música, pintura, literatura- las cuales, consecuentemente, han creado y recreado las maneras de conjurar el temor. Es claro que no estoy pensando en un miedo a una rebelión socio-política sino en su actualizado temor al despliegue de una “escena haitiana”, donde lo “primitivo” cope el campo cultural. Pero en el Caribe, al igual que en la América Latina toda, coexisten dos tiempos diferentes de anclaje. Así, las culturas populares, las expresiones orales portadoras siempre de un carácter cimarrón en tanto contestatario, mantienen esa tensión que les permite seguir “siendo” en función de sus propios parámetros. Tampoco estoy hablando de compartimentos estancos ni de identidades en bloque. Sí de la red de relaciones que se teje entre esa

diversidad, compleja por el número de variables y la calidad abigarrada de sus cruces, en perpetuo movimiento en virtud de las problemáticas que nacen con los cambios socio-históricos. Conflictiva. Es por esto que el “entre” que se ubica entre las ruinas y la descolonización en el título de este volumen, no busca simplificar a través de un binarismo inamovible, sino distinguir las líneas de fuga entre un término y otro, ya que, como señalaron Jean Bernabé, Patrick Chamoiseau y Raphaël Confiant, el Caribe, como una “totalité kaléidoscopique”, tiene como principio mismo de su identidad, la complejidad. Y por eso prefiero hablar de descolonización y no de cimarronaje en uno de los extremos, aun a sabiendas de que el matiz que los separa puede ser discutible: entiendo que el cimarronaje es una fuerza de choque, acto imprescindible de resistencia y autoafirmación, pero, aunque condición previa para la descolonización, es con ésta que se apunta al quiebre de estructuras, a la modificación de imaginarios, a la legitimación jerárquica de otros sujetos y saberes.

La consigna de esta convocatoria se asentó en la búsqueda de reflexiones en torno a la presencia/ausencia del Caribe como espacio geo-cultural en los escritores del Gran Caribe. La respuesta se produjo desde casi todas las constantes literarias de la región: la cultura popular, lo afrocaribeño, los exilios³, la memoria y el olvido, las ciudades y sus cambios, la cultura patriarcal, el aislamiento intrarregional, la bipolaridad fragmentación/unidad como cara y contracara de la colonialidad del poder de la que habla Aníbal Quijano. Los textos leídos por los autores de los artículos no conforman una matriz homogénea en relación con la identidad caribeña representada, con lo cual, los resultados de las reflexiones son también heterogéneos, como reflejo del Caribe mismo. Así, de estas fragmentaciones y los mundos posibles nos hablan los tres primeros artículos, que, con sus diferentes objetos de reflexión –una performance, la industria editorial y la narrativa literaria- son elocuentes de que la complejidad del mundo Caribe continúa asentándose en los residuos del colonialismo con sus metamorfosis proteicas.

Luis Duno-Gottberg, que inscribe su artículo en la matriz de la descolonización del pensamiento, encuentra, en dos novelas del escritor venezolano Enrique Bernardo Núñez, la historia imperial del sistema político y cultural que sostiene a la sociedad caribeña. Al ser obras publicadas en la década del ‘30 del siglo pasado, el autor del artículo encuentra en el pensamiento contra-colonial del novelista a un precursor de los escritores post-coloniales consagrados, ya que,

³Los desplazamientos intra y extraregionales se han convertido en uno de los campos más recurridos y controvertidos entre los escritores de la región, si se tienen en cuenta las reacciones que provoca desde uno y otro lado. La producción de los caribeños en las metrópolis despierta todo tipo de (des) encuentro discursivo, como la afirmación de Edgardo Rodríguez Juliá a la pregunta de la periodista Carmen Dolores Hernández con respecto a la identidad de la literatura escrita en inglés por puertorriqueños: “Creo que históricamente no hay por qué negarle la identidad puertorriqueña a esa literatura escrita en inglés. Pienso que en algún momento dejará de ser literatura puertorriqueña y será literatura norteamericana de emigrantes” (Hernández, 263).

según la lectura de Duno-Gottberg, “lo que parece decirnos el relato de las ruinas de Enrique Bernardo Núñez [es que] la historia llega a nosotros a través de fragmentos, residuos ignorados por el discurso triunfalista del progreso”.

A partir del análisis de la performance teatral “Salve la Reina”, en la que el personaje de la Reina expone las diferentes propuestas de poder de la región, Lola Aponte, con una mirada por lo menos dubitativa en torno a la posibilidad de unidad regional, aborda todos los conflictos irresueltos: fragmentación, presencia imperial, servilismo en torno a las potencias. En una lectura del Caribe atravesada por la impronta político-cultural puertorriqueña, el artículo de Aponte hace semiosis en un relato geopolítico que combina, críticamente, nación con región.

El trabajo de Ariel Camejo abre la discusión hacia un tema que, fuera del ámbito geográfico del Caribe, no ha resultado un punto de debate a pesar de su importancia en lo que hace a los discursos de la identidad regional. Conscientes de las circunstancias que instalan el desconocimiento de los hechos culturales, no sólo entre los países del Caribe mismo por la incomunicación, sino como resultado de las políticas editoriales que se imponen desde afuera con respecto a la región, se ha comenzado un camino con múltiples derivaciones, para cubrir senderos vírgenes. El mercado editorial, poderoso espacio en la imposición de agendas, comienza a abrirse a un circuito de integración intrarregional que permite, de a poco, instalar el mundo Caribe desde una perspectiva propia.

Margaret Shrimpton introduce el Yucatán mexicano en la discusión de las identidades caribeñas. También ella, frente a la dualidad México-Caribe, entra en una dinámica nación-región pero que se complejiza ante la presencia ineludible de otra variable identitaria: la herencia étnica maya. Tomando la hibridez, el mestizaje y la identidad rizoma como conceptos claves de análisis, y problematizándolos, la autora propone una apertura del Caribe que exceda la imagen que monopoliza, desde su perspectiva, lo afrocaribeño.

En su artículo, Leonora Simonovis busca marcar la línea vinculante entre la *plena*, ritmo negro de carácter oral, popular, de las barriadas puertorriqueñas, originada en las plantaciones, y Luberza Oppenheimer, una negra prostituta cuya actitud de resistencia a la sociedad patriarcal, racista y clasista, cumple la misma función de la plena frente a la danza, “expresión de los valores burgueses durante el siglo XIX y las primeras décadas del XX”. Este juego comparativo le sirve a la autora para concluir en la situación de base, que es la dificultad de la cultura de raíz africana para ser admitida como parte fundante de la nacionalidad puertorriqueña.

En el mismo sentido, en cuanto a la importancia de un ritmo popular en la definición de la nacionalidad, Graciela Maglia lee el poema “Paisaje con un merengue al fondo” del poeta dominicano Franklin Mieses Burgos. La autora se vale de sus conocimientos de la cultura clásica como base semiótica para incorporar la voz de Mieses Burgos en una resistencia identitaria que lo posiciona en un espacio intermedio entre lo popular negado –el merengue como fuente

expresiva- y lo burgués -la mirada blanqueada de la cultura oficial dominicana. Espacio intermedio que se resuelve, según la autora, en una autoafirmación y “la invitación gozosa a continuar la vida”.

Haydée Arango recurre a cuatro novelas cubanas, dos canónicas, de Alejo Carpentier y dos mucho menos abordadas por la crítica, de Antonio Benítez Rojo, para explorar, a partir del género novela histórica, los mecanismos de recuperación de la memoria y de conformación de una identidad propia. Manteniendo la mirada en la historia fragmentada de la que venimos hablando, la autora lee a Benítez Rojo desde el paradigma carpenteriano que lo constituyó, pero también desde sus propios hallazgos como escritor. Con esta perspectiva, Arango encuentra que en *Mujer en traje de batalla*, el autor, sin abandonar los grandes anclajes de la novela histórica contemporánea, se desplaza a nivel compositivo hasta lograr una particularización en medio del corpus de la novela histórica cubana, leída desde la base ideológica que significó *La isla que se repite*.

El trabajo de Viviana Gelado es un importante aporte a los estudios de las antologías de poesía negra vanguardista hispanoamericana, haciendo pie básicamente en Cuba. A partir de una exhaustiva lectura comparativa de las antologías de Ballagas (1935 y 1946), Pereda Valdez (1936), y Guirao (1938) la autora analiza la base ideológica emergente tanto en las introducciones de las antologías como en su selección y distribución poética, en relación con el negro y lo popular y con la ambigua posición frente a la impronta política.

Nancy Bird-Soto y Prisca Agustoni abordan la escritura femenina para visitar los caminos por los cuales la colonia y la inmigración provocan una puesta en escena, a través de relatos breves, de actitudes de mujeres en franca resistencia a la dominación patriarcal. En el primer caso, la presencia del discurso patriarcal –y su rechazo- subyace, según Bird-Soto, a una escritura que, además, relata una performance policial con la resistencia al colonialismo estadounidense en Puerto Rico como telón de fondo. Su artículo analiza el cuento “Acto de fe” de Mayra Santos-Febres desde una perspectiva de género, al mismo tiempo que, aún en su brevedad, da cuenta de la historia de colonizaciones y neocolonizaciones del Caribe. En este sentido, entiendo que, tanto Santos Febres como su personaje Lolita Lebrón, podrían inscribirse en lo que la crítica MJ Fenwick denomina “sisters of Caliban”.

Prisca Agustoni, por su parte, analiza el libro *Bestiario/Bestiary* de la escritora boricua Lourdes Vázquez, afincada en Nueva York pero con la presencia cultural de su región caribeña de origen como factor vivo de inspiración, en la medida en que conecta con una tradición artística y literaria crítica en Puerto Rico, que no parece encontrar en los Estados Unidos, con excepción de Basquiat. La autora del artículo da cuenta de cómo Vázquez subvierte el discurso establecido usurpando espacios, por ejemplo, al ironizar con su título sobre la idea de que la mujer está más cercana a la naturaleza que el hombre.

Denise Almeida Silva se introduce también en el mundo de los caribeños en Estados Unidos pero esta vez desde el imaginario del Caribe anglófono. A través de la lectura de *Lucy*, de Jamaica Kincaid, pone de manifiesto la escisión de los sujetos migrantes como consecuencia de la educación imperial sobre los isleños. Pasado y presente se retroalimentan para que el personaje pueda sobrevivir en un tiempo-espacio mental fragmentado.

Nancy Calomarde, en un minucioso trabajo de archivo, sigue el derrotero intelectual del cubano Virgilio Piñera durante sus años en Argentina. La autora analiza la conflictividad que presenta su escritura para el canon cubano del momento, representado por *Orígenes*, al mismo tiempo que pone en evidencia lo que ella llama “el carácter problemático del diálogo latinoamericano”.

Mario Barrero Fajardo lee, con una perspectiva comparativa, tres novelas contemporáneas dominicanas que tienen a Santo Domingo como protagonista. Pasado y presente se funden en el imaginario de tres escritores para dar cuenta de algo que es una reiteración en las ciudades coloniales del Caribe: la presencia yuxtapuesta del pasado remoto, el pasado más próximo y el presente. Tiempos conjugados que se resuelven en un espacio conflictivo, heterogéneo, atravesado por ideologías que Barrero Fajardo metaforiza, siguiendo a Rama, como ciudad letrada y ciudad real. En medio de ellas, una tercera que cumple una tarea de mediación: la ciudad poética o literaria.

Cerrando el volumen, Diana Grullón toma aspectos ya estudiados con detenimiento, en un camino marcado entre otros por Roberto González Echevarría y Amaryll Chanady, como es el de la ambigüedad de la perspectiva del narrador en la novela de Alejo Carpentier. La autora retoma la discusión pero enlazándola con otros dos conceptos teóricos, el “producto de traducción” de Gustavo Pérez Firmat y la “transculturación” de Fernando Ortiz.

Bibliografía

Benitez Rojo, Antonio. *La isla que se repite*. Edición definitiva. Barcelona: Casiopea, 1998. [1989]

Bratwhite, E.K. “Caribbean Culture: Two Paradigms”. En Martini, Jürgen (ed.) *Missile and Capsule*. Bremen: Universitat Bremen, 1983. 9-45.

Hall, Stuart. “Identidad cultural y diáspora”. En Castro, Santiago, Guardiola, Oscar y Millán, Carmen (eds.) *Pensar (en) los intersticios. Teoría y práctica de la crítica poscolonial*. Bogotá: CEJA, 1999. 131-145.

Hernández, Carmen Dolores. *A viva voz. Entrevistas a escritores puertorriqueños*. Colombia: Norma, 2008.

Lanning, George. *Regreso, regreso al hogar. Conversaciones II*. St. Martin: House of Nehesi Publishers, 2000.

Rodríguez Juliá, Edgardo. "Puerto Rico y el Caribe: historia de una marginalidad." En *La Torre*. II (1989): 513-529.

Torres-Saillant, Silvio. *Caribbean Poetics. Toward an Aesthetic of West Indian Literature*. United Kingdom: Cambridge University Press, 1997.